



LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS EN BRASIL

BOSSA & NARCO

Por **Juan Manuel Suppa Altman** / Fotos **João Wainer**

(Desde Río de Janeiro)

THC se internó en tierra carioca y experimentó mitos y realidades de una de las ciudades más calientes del mundo. Los efectos del prohibicionismo al ritmo del hip hop, los tiros y el sol Río de Janeiro

Río de Janeiro emerge desde las aguas como una ciudad imperial. Sus morros dominan todos los horizontes posibles y sobre la piedra ceniza de sus declives crece el verde de la mata, y sobre ese verde se pinta el cielo. Los taxis amarillos que pasan fugaces entre túneles y grandes edificios son detalles complementarios porque la naturaleza es lo realmente imponente; los palacios y los jardines del centro y la zona sur de la ciudad realzan esa naturaleza. Río tiene curvas, abolió las líneas rectas un buen día y decidió emular las ondulaciones del mar que la abraza y la cúpula en cada una de sus playas. Sus calles se retuercen como serpientes que suben empinadas y descienden agudas hasta esconderse. Son curvas, también, las razones de sus mujeres caprichosas y hay cadencia en los diálogos que se escuchan por la calle, en los botecos y en los lanchonetes, porque cuando los cariocas hablan, las palabras se escuchan cimbreadas, danzarinas, dichas con los ojos y la boca bien abiertos. Ciudad de luces, de gringos cachondos, de sambistas tristemente alegres, alegremente tristes, de los barrios que no figuran en los mapas, pero que también son “*O Coração do meu Brasil*”. Río de Janeiro, cuna de la bossa y de la samba, inspiración de Vinicius y Drummond, capital del narcotráfico y la corrupción. Todo junto bajo la atenta mirada del Cristo Redentor al que no le importan los pecados, porque es de piedra.

¿TUDO LEGAL?

Había una vez una ciudad maravillosa con el carnaval más famoso del mundo. Una ciudad con diarios en las esquinas y páginas de policiales que traían noticias de audaces asaltos a bancos, de sórdidos asesinatos pasionales y borracheras que terminaban mal. Eso habrá sido hace 40 años, cuando la guerra al narcotráfico todavía no existía. Ahora los narcos son los dueños de los titulares de los diarios.

En Brasil, la paradójica “guerra contra las drogas” comandada por la DEA y el Departamento de Estado está dando resultados trágicos. Nuestros hermanos brasileños siguieron los ritmos internacionales de la cruzada antidrogas norteamericana, desde la primera convención contra el opio de 1912 en adelante. En 1940 el Código Penal incluyó el artículo 281 que tipifica el “comercio clandestino” y la “facilitación del consumo” como delitos. Al poco tiempo, el Supremo Tribunal Federal interpreta el 281 y concluye que no se debe criminalizar el consumo: el consumidor es un adicto, por lo tanto un enfermo. Con ritmo sanitarista y represión moderada, el prohibicionismo colocaba su piedra fundamental.

decreto ley 385, se penalizaba el consumo con prisión de uno a cinco años.

El estado brasileño, como parte de su opción por Occidente, participó de la ofensiva internacional que culminaría legitimando amplias facultades de intervención global a los organismos de represión y control internacionales, avalando primero el Convenio de Psicotrópicos de 1971 y luego, ya en democracia, la Convención de Viena de 1988, el más virulento artefacto legal prohijado por los Estados Unidos.

Para los consumidores las cosas fueron suavizándose, con sus altibajos, a partir de la “transición ordenada” propuesta por los militares a fines de los años 70. Se separó el consumo del tráfico y se fueron ensayando sanciones que no implicaran prisión efectiva.



El periodista Elio Gaspari declaró: “Cualquiera de los cuatro años de ocupación alemana en París fue menos cruento que cualquier año posterior a 1980 en Río de Janeiro”.

¿Toda la legislación penal en Brasil tiene una misma matriz? Luciana Boiteux, profesora de Derecho Penal en la Universidad Fluminense de Río de Janeiro, explica en una de sus últimas publicaciones: “Las estrechas relaciones políticas y comerciales entre Brasil y los Estados Unidos han llevado a la adopción del prohibicionismo, muy en consonancia con el modelo norteamericano de guerra a las drogas”.

En 1964 un golpe de estado anticomunista y pro-yanqui termina con el gobierno constitucional del varguista João Goular. Los nuevos jefes militares de Brasil ratifican sin perder tiempo la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, un instrumento de la política norteamericana, sin aflojarle al laburo de todos los días, es decir, la represión de los trabajadores, los estudiantes y los campesinos. Cuatro años después, mediante el

Hoy la situación es diferente. En el año 2006 se sancionó la Ley 11.343 que, para muchos, despenalizó el consumo personal. El proyecto del diputado Paulo Pimenta, del PT de Río Grande do Sul, excluyó cualquier posibilidad de prisión para el simple consumidor y en cambio ordenó tres sanciones. La primera, una simple advertencia del juez, un tirón de orejas del estado paternalista. La segunda es la prestación de servicios durante cinco meses en alguna actividad de utilidad pública; en caso de reincidencia, los meses de trabajo comunitario aumentan a 10. Y la tercera, para los que no aflojan en su conducta fumona desaforada, es la participación personal en cursos educativos.

La ley también modificó lo relativo a la tenencia de semillas, cultivos, cosechas, tenencia y depósito, entendiéndose que existe un tipo legal especial cuando



BANG BANG. Armado hasta los dientes y enfrentado con el poder político, el Comando Vermelho organizó la vida comunitaria en las descuidadas favelas.

es “para consumo personal”. En la antigua ley todas estas eran conductas de tráfico perseguidas con prisión.

Contra lo que el sentido común puede indicar, la ley no fue apoyada por los colectivos y asociaciones de consumidores de *maconha*, ni siquiera obtuvo unanimidad en los sectores que conforman el arco progresista y de izquierda. Porque más allá de la encarnizada pelea que se dio en el mundo de los juristas acerca de si era descriminalización o no, el dedo de todos señala que el talón de Aquiles de la actual ley es la excesiva discrecionalidad con la que cuentan los jueces para decidir de qué lado de la línea está el detenido, si es consumidor o traficante. No hay criterios objetivos para esa resolución. La ley indica varios factores a tener en cuenta que van desde la cantidad hasta las circunstancias sociales, pasando por los antecedentes penales.

No es un problema de técnica legislativa, lo que late en la crítica es la certeza de un sistema penal fuertemente racista y, por supuesto, clasista. La pregunta es: ¿cómo se consideran las circunstancias personales de un negro favelado que cae con 50 gramos de marihuana a pocos metros de un morro, si además éste tiene dos condenas por hurto? ¿Será la misma consideración que se tendrá con un estudiante de Medicina que cae con la misma cantidad de marihuana manejando el auto de papá por una avenida del Ipanema, acompañado por una rubia de piernas bronceadas? *Com certeza que nao, cara...*

Esta desconfianza popular en la justicia está arraigada en los escándalos desatados por las sospechas de con-

viencia entre magistrados y narcos; magistrados y empresarios fraudulentos; magistrados y funcionarios, etc.

Ah, y la policía de Río. Ésa es la otra causa de la desconfianza. Una policía que puede competir cabeza a cabeza con la Bonaerense en los panamericanos de corrupción y apremios ilegales. Ellos siguen teniendo la posibilidad de detener a los consumidores y llevarlos a la *delegacia da policia*. Un trámite que le permite seguir cazando peregiles y extorsionarlos para ganarse el pan con el sudor de otra frente.

hace poco tiempo que “cualquiera de los cuatro años de ocupación alemana en París fueron menos cruentos que cualquier año posterior a 1980 en Río de Janeiro”.

El *Comando Vermelho* (CV) es el grupo delictivo más importante de Río de Janeiro y principal aliado del *Primer Comando de la Capital*, que manda en São Paulo. Los orígenes del CV son legendarios y bastante conocidos. En este país de sincretismos, con lugar para todos los dioses y todas las mezclas, se perfeccionó una rara alqui-

era un hervidero por muchas causas, la más importante era que el mismo Brasil hervía. La resistencia a la dictadura que se había adueñado del poder en 1964 era difusa, muchos grupos, todos bastante pequeños y sin demasiada inserción en el movimiento popular, se encargaban de organizar acciones efectistas contra los blancos del poder militar y económico, como el secuestro del embajador norteamericano Charles Burke Elbrick en 1969.

La dictadura también se corroía en su propia salsa. En ese mismo año, el presidente Costa e Silva, hombre fuerte del primer lustro autoritario, quedó en estado lechuguino a causa de un accidente cerebro-vascular. De inmediato se abrió un interrogante sobre cómo continuaría el régimen; mientras algunos proponían la continuidad de la represión más cruda, otros entendían que era el momento de empezar a articular una salida suave, atenuando la severidad del “Acta Institucional nº 5”, un estatuto de abolición de los derechos civiles y políticos más elementales.

El ascenso de Ernesto Geisel, un general hijo de alemanes, vino a confirmar el mantenimiento de la línea dura. Detrás de Geisel se agazapaba la “tigrada”, los grupos de tareas. Para confirmar que no era joda, los juristas se apresuraron a reformar el Artículo 27 de la Ley de Seguridad Nacional (LSN). No lo sabían, pero estaban generando las condiciones para que el *Comando Vermelho* germinara como una flor en un tacho de basura.

¿De qué se trataba el artículo 27 de la LSN? Como los grupos guerrilleros frecuentemente atracaban bancos

✿✿✿

El ex policía Guimarães Jorge comenzó su carrera torturando marxistas, luego pasó por el negocio del robo de autos y la Quinella clandestina. Llegó a ser el presidente de las Escolas do Samba.

EL ROCK DE LA CÁRCEL

Si se toma una foto amplia del problema de las drogas en Río, queda clarísimo que ninguna ley va a resolver la crisis descomunal que derrapa del poder político a los morros y desde los morros al llano. Una crisis crónica y erosionante que se habla con las palabras de la guerra: “áreas de control militar”, “territorios enemigos”, “caídos en combate”. Se calcula que la cantidad de víctimas de esta batalla constante entre fracciones, fuerzas policiales y grupos parapoliciales alcanza la friolera de 40 mil anuales en todo el territorio del país. El reconocido periodista Elio Gaspari afirmó

mia entre presos políticos y comunes. Fue en la cárcel de Ilha Grande, en los años 70, donde los reos comunes, ladrones en su mayoría, adoptaron el centralismo de los grupos foquistas de raíces marxistas. A eso le sumaron dos cucharadas de verborragia proletaria, sobre todo por el lado del cuestionamiento muy fuerte al Estado, al que se acusa de igual a igual, con la convicción suficiente para mirar a los ojos de cualquier presidente, prefecto, diputado o juez y decirle: “Ey, vos no sos mejor que yo”.

La Ilha Grande entre los 60 y los 70 no era precisamente un paraíso turístico como es hoy en día, más bien

para financiar la revolución, los militares aumentaron las penas para los robos a instituciones financieras y de crédito. Estos delitos contra la propiedad dejaban de ser juzgados por el Código Procesal Penal y pasaban a ser juzgados por los tribunales militares. Las penas iban desde los 10 años hasta, según los agravantes, la pena de muerte.

El desfile de delincuentes comunes frente a los tribunales militares se hizo cotidiano. Decenas de bandas que saqueaban bancos en Río de Janeiro sin ponerse a pensar en la revolución socialista fueron a parar al pabellón LSN, del Instituto Penal Candido Mendes, en Ilha Grande, donde los esperaban los presos “realmente” políticos. Y compartir el pabellón es compartir la vida.

Hubo dos procesos en paralelo durante aquellos “años dorados” de vida compartida. El más importante fue la unidad inmediata entre unos y otros, marxistas y atracadores sufrían juntos los maltratos y los abusos, y juntos consiguieron organizar los reclamos y las huelgas de hambre para mejorar sus condiciones de detención. Unos tenían experiencia para coordinar, a los otros les sobraba el valor para ir al frente. El otro proceso fue el de intercambio intelectual. De mano en mano, en la clandestinidad cómplice, comenzaron a circular libros de Marx, del Che Guevara, de Carlos Marighela, el brasileño autor del *Manual del Guerrillero Urbano*.

Por casualidad, en uno de los primeros párrafos de este libro clásico, Marighela traza la línea divisoria entre unos y otros: “El guerrillero urbano difiere radicalmente de los delincuentes. El delincuente se beneficia personalmente de sus acciones y ataca indiscriminadamente sin distinción entre los explotados y los explotadores, por lo cual hay tantos hombres y mujeres inocentes entre sus víctimas. El guerrillero urbano sigue una meta política y solamente ataca al gobierno, los grandes capitalistas, los imperialistas”. Era una diferencia bien real y con el tiempo iría trabajando la identidad del CV.

Y UN DÍA LLEGÓ LA NOCHE

Hacia los años finales de la década del 70, la dictadura decidió hacer un aterrizaje suave, un proceso de transición que salvara sus intereses sin grandes sacudidas. Los militares amnistiaron a todos los presos políticos mediante el decreto ley 6.683 del año 79, como parte de ese plan, para satisfacer una de las principales reivindicaciones del movimiento democrático. Sin embargo, no todos los presos quedaron perdonados: los que habían realizado “asaltos” quedaban al margen del decreto. Así fue que los presos políticos empezaron a ser amnistiados y puestos al sol, mientras los comunes permanecieron a la sombra.

Para entonces ya se decían cosas feas de los del pabellón LSN. El resto de los pabellones se referían a ellos como “los bacanes”. “Una designación peligrosa”, según Carlos Amorim, un periodista que escribió el libro *Comando Vermelho, la historia secreta del crimen organizado*. A pesar de las ironías, el resto de la población del Candido Mendes respetaba a “los bacanes”. Se



SELECTIVOS. Los arrestos por drogas son comunes alrededor de las favelas.

tio eran seis las falanges, y la más poderosa tenía el nombre de un animal feroz: la “Falange Jacaré”.

Finalmente el CV venció a la Falange Jacaré, con pedagogía militante y acción social, como la creación de bibliotecas, de farmacias y clubes recreativos para los presidiarios... y tam-

están dispuestos a perdonar la vida de quien lo haga. Del otro lado, la plana mayor de la Falange Jacaré y sus soldados esperan agrupados en dos celdas; han amontonado en la puerta colchones, almohadas y ropas para frenar la avanzada. Saben que no tienen escapatoria, por eso de un momento a otro, repentinamente, con miedo y con coraje, van al cuerpo a cuerpo. En segundos los limpian a puntazos. Después salen los jefes, la violencia con ellos es un tumulto de sangre y gritos. Se van trenzando y los van aniquilando sin piedad. La sangre cubre el piso sucio de la celda como una pátina brillante y tibia, los cadáveres quedan por aquí y por allá, sus muecas finales son de estupor. A la postre llegan los vigilantes, cuando la suerte está echada. El CV ya manda en todo el penal, desde donde empezará a construir su poder en las calles

Desde entonces a esa matanza se la conoce como “La noche de Santo Bartolomé”, el mismo nombre con que bautizaron el raid en el que Al Capone limpió al resto de los jefes de la mafia de Chicago. El periodista Carlos Amorim cuenta que en el informe elevado por las autoridades carcelarias a sus superiores, el redactor se permitió una licencia poética: “Esta fue la única noche de la historia a plena luz del día”.

LA MÚSICA DE LAS FAVELAS

Las favelas, como las villas argentinas y los cantegriles uruguayos, son parte de nuestro pintoresco *apartheid* sudamericano. Y es allí donde el CV se hizo fuerte sobre una base social de campesinos nordestinos venidos a probar suerte a la gran ciudad. Campesinos que llegaron para ser la mano de obra barata de la urbe poderosa.

Para estos nuevos laburantes la dictadura tenía un plan cerrado: su vivienda iban a ser unas chapas en un morro, su comida un plato de *feijão* y su diversión el fútbol, en cualquier lado y hora. Y el carnaval, una vez al año.

Ahí llegó el CV y organizó bajo sus términos la vida comunitaria, en algunos casos, como pasó en el Morro

La policía carioca es asimilable a la Bonairense o la Federal en lo que hace a corrupción y apremios ilegales. Pero a diferencia de éstas, no ha logrado el monopolio casi exclusivo de los negocios ilícitos.

enfrentaban cara a cara con los carceleros, habían cometido delitos de hombres y su organización era insólitamente sofisticada.

La admiración, sin embargo, no alcanzaba para frenar la guerra latente en la prisión. El Pabellón B de los presos políticos, que había estado aislado por años del resto de la población penal, luego de la amnistía se integró al patio común. De golpe se encontraron en un territorio en disputa, con choques que se iban cocinando a fuego lento, bajo la mirada silenciosa de la dirección del penal. Ahí en el pa-

bién con mucha sangre. El desenlace fue una consecuencia de un intento de fuga frustrado, un fracaso estrepitoso de los hombres del CV.

Todo estaba preparado para escapar. Las armas, la ruta de salida, la lancha esperando en las oscuras aguas de una bahía escondida por la vegetación exuberante de los morros. Esa noche los carceleros entraron furiosos al pabellón y requisaron cada rincón, prometieron a los gritos que nadie se escaparía nunca de Candido Mendes. Los hombres del CV siguieron adelante con el plan sin dejarse intimidar, pero la reacción represiva fue demasiado fuerte: los guardias reforzaron todas las salidas y llegaron hasta la bahía donde se tirotearon a ciegas con los que esperaban en la lancha. El plan había sido desbaratado, sólo faltaba conocer el nombre del traidor.

A los pocos días, la huella lleva a los vermelhos a los dominios de la Falange Jacaré, creen que el delator es uno de ellos y le dan muerte a facazos. La Falange Jacaré responde matando. La guerra está desatada, el CV pone plazo para la rendición y el sometimiento total a sus normas. Un plazo un tanto impaciente: 48 horas.

Apenas raya el día cuando una tropa de vermelhos camina hacia territorio enemigo armada con facas. Exigen una vez más la rendición, dicen que

CUADRO. Las favelas son parte de nuestro pintoresco apartheid sudamericano.



Santa Marta, destronando viejas tiranías que sometían a los favelados a la humillación y la extorsión. En el mismo morro, Michael Jackson grabó su video bajo la protección del *vermelho Juliano VP*, o *domo de Santa Marta*, famoso por poner en práctica las tácticas guerrilleras del Che Guevara y sorprender a la policía con ataques espectaculares.

Hay algunos que niegan que el CV haya sido un factor de organización comunitaria, mucho menos un Estado Benefactor paralelo en las favelas. Hay sociólogos, criminólogos y etcétera, que no aceptan esa fundación “mitológica” que incluye presos políticos, luchas e ideales de igualdad. El control sobre los morros, dicen, fue a puro terror desde siempre. Puede ser, lo que es innegable es que muchos de los presos *vermelhos* que salieron de la cárcel encontraron en las favelas su refugio y base de operaciones, y que muchos de ellos llegaron a ser queridos y respetados.

Con el paso de los años va cambiando mucho la fisonomía de la organización, los fundadores van cayendo en combate, los recambios generacionales son apretados, porque la expectativa de vida en este oficio es más bien corta. Los cambios son para peor, a los ojos de las clase media y de los propios faveleros. La expansión de los negocios fomenta el nacimiento de nuevos grupos que vienen a disputar el territorio como “amigos de amigos” y se encienden las rencillas internas. Al punto que hoy por hoy muy pocos creen que exista al-

gún tipo de organización centralizada dentro del CV.

LA POLICÍA, ¿PARA QUIÉN?

La policía es la otra pata de este asunto, aunque sería más riguroso hablar de las fuerzas represivas en su conjunto, porque para controlar el morro el Estado dispone de varias fuerzas:



Hoy los ojos están puestos sobre las favelas. Allí los medios han instalado el “cuartel general de la corrupción”, aunque, en realidad, es apenas una sucursal. El “cuartel general” del drama brasileño es mucho más elegante.

las Unidades de Policía Pacificadora, la Policía Militar y el BOPE (Batallón de Operaciones Policiales Especiales) retratado en la taquillera *Tropa de Elite*, además del Ejército Nacional. La policía carioca, como ya dijimos, es asimilable a la Bonaerense y a la Federal por su foja de servicios, pero a diferencia de éstas, no ha logrado el monopolio casi exclusivo de los negocios ilícitos. No todavía. En Río existen estos grupos con los que tienen que negociar, compartir y eventualmente combatir. Todo en un mismo lodo.

Las Unidades de Policía Pacificadora son la gran apuesta del gobierno estadual para poner bajo control los morros más peligrosos. Se presen-

tan como portadores “de la paz y la libertad” y reivindican haber expulsado a las cuadrillas de delincuentes de algunas de las favelas más peligrosas como la Ciudad de Dios, la del Morro Santa Marta y la Chapeu-Mangureira utilizando estrategias similares a los narcos para tener no sólo control territorial, sino también social. Sin

embargo, la presencia de las UPP no ha producido una disminución de las violaciones de los derechos humanos por parte de las fuerzas represivas, el informe de Amnesty Internacional de 2009, denuncia que “a pesar de la experiencia de las UPP, la policía continúa cometiendo crímenes de asesinato y de arbitrariedad.”

En los últimos años algunos medios y partidos políticos han puesto la lupa sobre el desarrollo de las *milicias*, grupos parapoliciales formados por agentes de todas las fuerzas, que ilegalmente cobran por seguridad y también cumplen “funciones sociales” como la distribución de garrafas de gas, instalación de televisión satelital y seguridad. Por el control de

estos negociados se disputan metro a metro los morros de la Zona Oeste con los grupos narco. Según el informe del año 2008, también de Amnesty Internacional, sobre la situación de violencia en la *cidade maravilhosa*, unas 90 favelas están bajo control de las *milicias*. Su último gran negocio es el transporte público; como los empresarios del sector se niegan a invertir en esas zonas, son los milicianos los que toman la posta. El comisario de la Policía Civil Aurílio Nascimento hizo las siguientes declaraciones con cierta ajenidad, casi de comentarista deportivo: “Aun con varias operaciones e investigaciones en curso, las *milicias* continúan resistiendo y desafiando a la autoridad. Hace poco me enteré que el vehículo de un trabajador que se negó a pagarles a los *milicianos* fue quemado, ¿cuánto le exigían al pobre desvalido? 70 reales. Calculando por lo bajo, recaudan millones”.

Para culminar el breve capítulo sobre la policía a ritmo de samba, vale la pena contar la historia de Ailton Guimarães Jorge, “*O capitão Guimarães*”. Su carrera fulgurante comenzó en el cuerpo de policía del ejército, torturando terroristas marxistas en los años más duros de la dictadura del Mariscal Costa e Silva. “Nunca interrogué a nadie que tuviera una capucha en la cabeza, –se enorgulleció hace años en el diario O Globo– porque para mí siempre fue importante que los presos me conocieran”. Poco tiempo más tarde, ya con la sartén por el mango, se unió a los contrabandistas más conocidos del puerto de Río

AGÁRRENSE DE LAS MANOS. La guerra a las drogas y la criminalización de la tenencia llevó los calabozos de Río de Janeiro a un hacinamiento absoluto.





LUCIANA BOITEUX, DOCTORA EN DERECHO PENAL
**“LA LEGALIZACIÓN
ES UNA SALIDA”**

En el marco de la presentación del libro *Sistemas sobrecargados*, un compendio de informes redactados por especialistas de toda Latinoamérica y editados por el Transnational Institute y WOLA (Oficina en Washington para Latinoamérica), THC charló con una de las profesionales que más entiende las causas y las consecuencias de la guerra contra las drogas en Brasil.

En las últimas semanas Río fue noticia global por los operativos policiales y militares, ¿por qué el gobierno eligió este momento y no otro?

Las últimas operaciones policiales en Río de Janeiro no fueron propiamente planificadas, más bien fueron reactivas a lo que se pensaba que eran “atentados terroristas” ordenados por los grupos criminales que supuestamente habían prendido fuego varios autos en las calles de la ciudad. Ante esta situación, que no fue probada, es que el gobierno del Estado de Río de Janeiro decidió ocupar la Vila Cruzeiro, donde se encontrarían los líderes de las bandas y, con la fuga de estos a la favela de al lado, llamada *Complexo do Alemão*, se decidió también invadir ese barrio, conocido por el control territorial de los traficantes. En este sentido, entiendo que hubo una opción del gobierno en hacer una demostración de fuerza ante los traficantes, por motivos políticos, pero sin una previa planificación.

Hay una idea bastante arraigada sobre el papel social que juegan los narcos en las favelas, se dice que muchas veces reemplazan al Estado...

No hay evidencias firmes hoy de ese papel ejercido por los traficantes, aunque en el origen de los grupos

criminales en Río se tengan noticias de que estas organizaciones conquistaban a los moradores con algunas acciones sociales, de modo de ocupar el espacio vacío de las políticas estatales. Hoy, al contrario, con el aumento del poderío armado y también financiero de los traficantes, se sabe que la dominación es impuesta por la fuerza y el miedo. Cuando hoy se apoya la “ocupación” de los morros por la policía se nota que ha habido preocupación en la ampliación de las políticas públicas que garanticen educación, vivienda y otros derechos sociales, pero todavía no se sabe que va a pasar en el futuro.

Existe un momento en el cual el conjunto de la sociedad percibió que el problema del tráfico se había descontrolado, ¿cuáles son las propuestas que más apoyo suscitan para solucionarlo?

En mi opinión, hoy el mayor problema es la ausencia de cuestionamientos y propuestas viables de cambios en la política de drogas, pese a que el propio gobernador del Estado ha colocado el tema a debate. Es necesario que se tenga en mente que es el negocio de las drogas ilícitas el que alimenta al mercado y genera ese poderío de los comerciantes ilegales, y que la ocupación de los morros no va a resolver el problema, porque la droga continuará circulando y generando ganancias para esos grupos.

Esto se ha agravado en los últimos años, pero no me parece que la población lo comprenda

En muchos lugares de América Latina, policías y narcos actúan con complicidad o casi que son la misma cosa, ¿en Río también sucede así?

En Río de Janeiro, como en cualquier ciudad del mundo, parte de la policía está envuelta en la corrupción. Como el tráfico es una actividad altamente rentable, el vínculo de algunos policías con esa criminalidad no es un secreto. Sin embargo, no se tiene noticias de policías directamente involucrados con el tráfico, pero sí de algunos que exigen dinero a los traficantes para no llevarlos presos o denunciarlos, los extorsionan.

¿Qué camino tomó el Estado para relacionarse con los consumidores? ¿Se abrió el debate para la legalización?

En Brasil, desde la Ley 11.343 del año 2006, no hay más prisión para los consumidores, los que reciben son medidas alternativas, pero el problema es cómo diferenciarlos de los traficantes. La ley no hace una distinción clara. Dependiendo de la clase social, si el usuario fuese desempleado y no tuviese condiciones de sustentar su consumo, podría ir preso como traficante, si revende parte de lo que adquiriera para poder pagárselo. Hoy se tiene cierta apertura para discusio-

nes sobre modificaciones puntuales de la ley de drogas, para despenalizar al usuario en la línea de lo que hizo Portugal, así como para crear categorías separadas para pequeños, medios y grandes traficantes, aunque acerca de la legalización todavía no hay un debate amplio.

¿Existe una vía no militarizada para pacificar las favelas y devolverle la tranquilidad a sus habitantes?

Yo defiendo la legalización controlada de todas las drogas, como una salida para imponer un verdadero control de salud pública sobre todas las sustancias consumidas por adultos y también para reducir la violencia en torno al actual mercado de ventas. Más allá de eso, más allá de las operaciones militares de choque, en la situación actual, creo que sería mucho más adecuado para reducir el poderío de las bandas organizadas una fiscalización del tráfico de armas, un mayor control externo sobre la policía e investigar el dinero que viene del tráfico. Pero por sobre todo es necesario dar mejores condiciones de vida a la población menos privilegiada, en vivienda, educación y salud. Entiendo que la ocupación de las favelas puede ser hasta un medio, pero nunca puede ser un fin.

para custodiar con su gente las operaciones importantes. Tuvo sus cosas en el negocio del robo de autos hasta que finalmente, asociado a un viejo jefe del ramo, terminó copando *o jogo do bicho*, una quiniela a la brasileña con animales y números. El *jogo do bicho* es una contravención, pero es pasión de multitudes y financia gran parte del carnaval de Río. Ya popular y millonario, Guimaraes terminó siendo elegido presidente de la Liga de Escolas do Samba independientes de Río de Janeiro entre 1987/1993 y 2001/2007. Recién hace dos años fue condenado a prisión por sus numerosos delitos. Así de porosos son por aquí los límites entre lo legal y lo ilegal.

¿EL ESTADO AUSENTE?

El 30 de septiembre de 2002 las fracciones narco cortaron los servicios públicos en más de 40 barrios de la ciudad de Río de Janeiro, reclamando

mejores condiciones de detención y un traslado para el mítico “*chefão*” del *Comando Vermelho*, Fernandinho Beira-Mar. El 27 de diciembre de 2006 se inició un ataque de las fracciones narco contra blancos civiles y oficiales, que se prolongó hasta el día 31. Fue la respuesta a una avanzada de las milicias sobre los morros de su dominio. Murieron 19 personas. Por su parte, las milicias, en el año 2008, secuestraron durante 20 días a unos periodistas que estaban investigándolos en la favela Batan. Sin contar que los escuadrones de la muerte, compuestos en su mayoría de policías, perpetraron toda clase de matanzas durante los primeros 80 y el gatillo fácil es moneda corriente y de poco valor. Y en febrero de 2010, grupos narco prendieron fuego un colectivo con más de 30 pasajeros adentro, exigiendo la liberación de un camarada que había sido detenido.

El poder político parece ausente,

pero uno se pregunta si realmente lo está. Pedro Póvoa, militante de una ONG que trabaja en la favela hace 10 años, afirma: “Los políticos dejan que se maten los unos con los otros, negocian con todos y de todo se llevan su parte. Ahora con las Olimpiadas quizás cambie un poco y hagan algo como ya hicieron en Copacabana. Ahí borrraron al tráfico. Yo creo que sí, que van a hacer algo porque si no, no es negocio. En el 2016 hasta en las favelas se van a alquilar habitaciones para los turistas”.

Hay por lo menos un hecho novedoso en Brasil. Se está discutiendo más que nunca la cuestión de la despenalización completa. Por un lado, Fernando Henrique Cardoso, ex presidente del Partido Social Democrata do Brasil, está empeñado en una campaña por la despenalización del consumo de marihuana y va a protagonizar un documental sobre el tema como parte de la ONG Comisión La-

tino-Americana sobre Drogas y Democracia en la que comparte cartel con otros pro-hombres de la derecha continental como Zedillo, el ex presidente de México, y Mario Vargas Llosa. Ellos admiten que “la guerra a las drogas fracasó” y que hay que asumir una política de reducción de daños.

La pregunta que circula en Brasil es por qué Fernando Enrique no lo hizo cuando pudo. Una pregunta que no es un mero reproche si se tiene en cuenta que el que fuera candidato a presidente por su mismo partido, el ex gobernador de San Pablo, José Serra, declaró que “el problema de la droga viene de afuera, Brasil no produce drogas” y como orientación estratégica insistió con “un trabajo federal de control en las fronteras y un plan federal para el tráfico de armas”. Es decir, más de lo mismo.

Por su parte Dilma Rousseff, la sucesora de Lula, cuando le pregunta-

ron en medio de la campaña electoral sobre la posibilidad de legalizar, dio una respuesta categórica: “La droga es una cosa muy complicada, no se puede tratar sólo con la despenalización. A mí me tiene preocupada el crack. El crack mata y es muy barato. [...] La cuestión de la droga en el siglo XXI es muy diferente de aquel tiempo de Woodstock, cuando tenía un componente libertario”. Y concluyó: “Si no tenemos un control social muy fuerte sobre las drogas, hacer un proceso a la despenalización es tirarse un tiro en un pie”.

LA SALIDA MILITAR

A fines de noviembre pasado “la guerra a las drogas” en Río de Janeiro ocupó durante dos semanas los titulares de los diarios del mundo. Tanques, helicópteros y cerca de 800 militares que se sumaron a las fuerzas policiales del estado de Río, se lanzaron sobre el Complejo do Alemão de la empobrecida zona norte carioca a la caza de 600 traficantes. El clima que reflejaban los medios era el de un “Desembarco de Normandía” tropical, con las fuerzas de la libertad entrando a balazos contra el Eje del Mal. El resultado inmediato fue la “recuperación” del barrio, la captura de un número relativamente insignificante de traficantes y más de 40 muertos.

En teoría la causa del “megaoperativo” fue una respuesta rigurosa del Gobernador Sergio Cabral a una nueva escalada de los narcos que “habrían” prendido fuego más de 100 autos en repudio al avance de las UPP en las favelas de su dominio. La demostración de fuerza fue



PALIATIVO. Pese a los tiros y la represión estatal, la cultura carioca de fumar grandes vaciados nunca se esfumó.

contundente y las autoridades pudieron sacarse fotos entre toneladas de marihuana y cocaína secuestrada, a la vez que sus asistentes exhibían con aire de científicos los “megaarsenales” secuestrados. La población en virtual estado de sitio se debatió entre el apoyo, la desconfianza y un muy comprensible pavor. Las violaciones a la legalidad fueron fragantes, desde la incursión militar, prohibida constitucionalmente, hasta las más de 27 denuncias a las fuerzas de seguridad: “La mayoría por allanamientos sin orden judicial, insultos a los moradores y revisar las propiedades causando destrozos e incomodidad”, según la edición del Diario O Globo

del último 2 de diciembre.

Pocos días después Lula visitaba la zona de guerra y aceptaba la posibilidad de que el Ejército se quede en el complejo hasta octubre de 2011. “Ahora vamos a ir por Rocinha y los narcos también caerán”, aseguró José Beltrame, Secretario de Seguridad de Río.

LA IMAGEN DE LA EVOLUCIÓN

A fines de diciembre, el periodista de la Agencia Reuters, Stuart Grudgings, escribió un artículo titulado “Con la expulsión del crimen, favelas de Río se convierten en una oportunidad de negocios”. El texto va desgranando las especulaciones de los

empresarios: “Casi un mes después que los soldados expulsaran a los traficantes del Alemão, bancos, empresas de servicios públicos y compañías de telecomunicaciones se unirán al gobierno para ocupar rápidamente el vacío en un área con más de 100 mil habitantes”. Y agrega: “el incentivo para las empresas es claro, según un directiveo de Telecom, de un día para otro en Río se creó el equivalente a una pequeña ciudad de clientes”.

Los motivos del “megaoperativo” se esclarecen a la luz de estas declaraciones. La idea de incorporar a la economía formal a millones de habitantes, a barrios enteros, augura un desarrollo económico vigoroso

PAULO TEIXEIRA, PRÓXIMO JEFE DE BANCA DE DIPUTADOS DEL OFICIALISMO

“HAY QUE CAMBIAR LA LEY DE DROGAS”

POR J. M. SUPPA ALTMAN Y FRANCISCO RUSSO

Usted suele decir que la “guerra a las drogas” en Colombia, Perú y Bolivia había fracasado, ¿cuál cree que fueron los motivos?

Todo lo que se puede hacer por medio de la utilización de la fuerza para combatir la producción y la comercialización de las drogas, en Colombia ya fue hecho. Por medio del llamado “Plan Colombia”, que fue financiado por los Estados Unidos, ellos compraron armamento pesado. Hoy, sin embargo, la producción de drogas en Colombia continúa siendo la misma, entonces no dio resultados. Y el mismo plan fue promovido en su momento en Perú y en Bolivia. Está claro que la política de “guerra a las drogas” no funciona.

¿Y la opción de Brasil es diferente? ¿Los operativos militares en Río se enmarcan dentro de otra lógica?

Lo que pasó en Río tiene más que ver con el control territorial. Ahora, yo también tengo la impresión que todo el aparato represivo utilizado en Brasil no ha sido capaz de disminuir la comercialización y la distribución de drogas.

Usted dijo que poner el énfasis en los peces chicos cuando hay tantos peces gordos dando vueltas es un despropósito. ¿Cómo romper esa costumbre policial? Hay que cambiar la ley para lograr una regulación de las drogas: agarrar al que vende, porque el que pone las manos en la droga siempre es el pequeño pez, el que financia nunca pone las manos en la droga, el que lava dinero tampoco. Entonces lo que hay que cambiar es la legislación.



Los números demuestran que la mayor parte de los detenidos por tráfico de drogas son por pequeñas cantidades, pero una parte importante de la población aún no aprueba la despenalización, ¿por qué cree que es así? ¿Se puede cambiar? Porque no es una política que está siendo efectiva, no estamos obteniendo los resultados. Ahora, ¿Cómo puede legitimarse este cambio? Explicando, por ejemplo, que los países que lo intentaron consiguieron resultados muy positivos.

¿Y dentro de las fuerzas políticas, hay posibilidad de consensos?

Tal vez hay que establecer un consenso por fuera del cuerpo político. Tal vez tenga que provenir de una reflexión del área científica, del conjunto de la sociedad.

Para usted no sólo hay que despenalizar el consumo, sino que también hay que despenalizar a los pequeños traficantes, ¿cómo sería esto?

En Brasil el consumo está despenalizado. Ahora la cuestión clave pasa por el ministro. ¿Y qué es lo que Portugal hizo? Una buena experiencia: despenalizó al muy pequeño vendedor y empezó a trabajar el tema de los grandes traficantes. Entonces hay que hacer una legislación estricta cambiando los términos de la ecuación. Algunas drogas ilícitas sufren una regulación muy restrictiva, pero que no es buena para atacar la actividad criminal de estas producciones.

Hay rumores de que el SENAD (órgano similar a la SEDRONAR argentina) tendrá importantes modificaciones en el nuevo gobierno, ¿Nos puede adelantar algo?

Sí, Brasil tiene ahora una novedad, un hecho muy auspicioso: el tema de drogas fue transferido de la esfera militar a la esfera civil. Esto fue muy bien recibido y es un gran avance.

para la ciudad y el Estado. La inminencia del mundial de fútbol –la final sería en Río, en el mítico Maracanã– en el 2014 y de las Olimpíadas en el 2016, hace más urgente la atención de los serios problemas que viene arrastrando Río desde hace décadas. La promesa incluye negocios inmobiliarios, la incorporación de los favelados al sistema bancario y a la lógica propia de los negocios básicos del cualquier capitalismo subdesarrollado. Por otra parte, Brasil aspira a consolidar un liderazgo político regional que lo proyecte a un lugar protagónico en el “concierto de las naciones”, más precisamente a una silla permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, y siente que el éxito de estos eventos deportivos universales va a ser como ponerse los pantalones largos.

Los medios ya hablan de esta navidad como la primera en que los pobladores del Complejo do Alemão vivieron en “orden y progreso”. Las crónicas hablaron de la inocencia de los niños jugando en la calle, de las madres que hicieron felices sus compras en los mercados bulliciosos mientras los hombres se tomaban una cerveza acodados por ahí. La noche los encontró a todos sentados en la misma mesa a puro espíritu navideño. En el horizonte del morro, en la cumbre, brillaba imponente contra el cielo oscuro un enorme árbol de navidad, gentileza del Banco de Santander.

BYE, MEU IRMÃO!

Inventar una solución para los problemas de la seguridad de Río de Janeiro es algo que escapa a las posibilidades de este periodista. Sin embargo, sí se pueden señalar algunas cuestiones, partiendo por mostrar la infección que generó en decenas de ciudades latinoamericanas la política de “Guerra a las drogas” diseñada por los Estados Unidos, extendida por las dictaduras y los gobiernos democráticos que le sirvieron en nuestra región.

La ilegalidad de las drogas hasta el momento ha beneficiado a las fuerzas represivas, al tráfico de armas y al ingreso fluido de dinero al sistema financiero sin ningún control. Las consecuencias más nefastas son las que se escriben sobre los cuerpos de millones de personas que viven en las favelas, trabajadores que adonde quiera que vayan serán señalados como narcos, padre de narcos, hermano de narcos... Porque esta crónica no abordó el tráfico ilegal en el puerto de Río de Janeiro, ni los negociados empresarios fraudulentos de la burguesía paulista, ni las historias de los *fazendeiros* que roban tierras fiscales todos los días en el inmenso Brasil. Hoy los ojos están puestos sobre las favelas, allí los medios han instalado el “cuartel general de la corrupción”, aunque, en

realidad, es apenas una sucursal. El “cuartel general” del drama brasileño es mucho más elegante.

En los morros y en los llanos miles de jóvenes juegan a la guerra y los tiros no son solamente en los pies. Toda su vida se convierte en un blanco móvil y es posible que nunca lleguen a viejos. El pobre que quiere crédito para disfrutar de algunos pocos placeres deberá poner de garantía su propia vida en la máquina picarone de los grandes traficantes o, peor, hacerse policía y matar a sus hermanos. El salario mínimo en Brasil no pasa los 600 reales: favela y *feijão*.

A la vista queda que la miseria no se resuelve a los tiros, ni la salud pública se protege con la cárcel. Garantizar los derechos elementales de esos millones de trabajadores desembolsando el dinero que haga falta, esa sí es una solución. Generar las estrategias para que cuenten con una vivienda digna en un espacio digno, esa sí es una solución. Brindar atención médica a todos los usuarios de drogas que requieran de ella, eso es una necesidad. Y desarrollar una política de reducción de daños, una muy buena idea.

En definitiva, como en todas las sociedades del mundo, el “problema de las drogas” es sintomático. No se trata de acabar con la sustancia, sino con el complejo de relaciones que se tejen alrededor de su comercialización y de una ilegalidad con la que sólo se beneficia la corporación de quienes comercian y quienes dicen luchar contra el flagelo del narcotráfico.

Hasta ahora la guerra a las drogas fue la continuación de la guerra a los pobres por otros medios. Hoy el escenario es nada menos que Río de Janeiro, con su belleza exorbitante como un amor peligroso. Y su Cristo en lo alto, imparable. ✱

CINE SOBRE LAS FAVELAS

PIBES NARCO

Dos películas brasileñas, Ciudad de Dios y Tropa de Elite, abrieron el juego para tomar posición sobre la triada favelas, narcotráfico y seguridad pública en Brasil.

Fernando Mereilles (el mismo de Ceguera y El jardinero fiel) dirigió y produjo Ciudad de Dios en 2002 junto a Kátia Lund, una documentalista escandinava obsesionada con Río de Janeiro. Adaptaron al cine el libro del brasileño Paulo Lins, hombre criado en la favela cuando todavía era una zona semi-urbanizada que se perfilaba como una suerte de solución habitacional para los expulsados de la ciudad maravillosa. La historia, que para el propio Lula es “un perfecto retrato de la marginación cultural de muchos ciudadanos brasileños”, arranca en los 60 con las imágenes de un territorio en plena formación donde las posibilidades laborales y educativas escasean –especialmente para niños y jóvenes favelizados y mayoritariamente negros–, que subsisten como parte de pequeñas organizaciones delictivas, pero que, atravesando los 70 y llegando a los 80, van pasando a formar parte de entramados narcos, corrupción política y policial. Finalmente, el protagonista que todo lo ve, un muchacho preto con talento como fotoperiodista, logra dejar atrás su clase social y hasta su propio color de la mano de una madura periodista blanca que lo llevará a jugar en las grandes ligas. Un sueño en que el conflicto queda atrás, bien alto en los morros.

Tropa de Elite, dirigida por José Padilha en 2007 (y con una segunda parte estrenada este último octubre en Brasil), retrata sin medias tintas el abuso policial de las fuerzas del BOPE. Por su crudeza verbal y vi-

sual, y por lo que ese combo generó en la población brasileña, la película y su director fueron acusados de manipulación y maniqueísmo.

La película tiene por narrador a Nascimento, capitán en jefe de un equipo del BOPE (batallón de Operaciones Policiales Especiales) encargado de “apaciguar” una favela ante la visita del Papa. El relato, basado en informes –hoy destruidos– de 12 oficiales y un psiquiatra de la policía, está plagado de máximas que funcionan como grito de guerra: “El símbolo del BOPE deja claro qué pasa cuando entramos a la favela”. La calavera afirma la muerte. Los boinas negras están preparados para que el pulso no tiemble a la hora de desfigurar a dealers de cualquier rango. La convicción que los guía es una sola: desarmar a los narcos a como dé lugar. Para esto, avanzan con esa sola idea y varios blancos: “Quien ayuda a un traficante es su cómplice, tiene que ir a la cárcel. Sólo el rico con conciencia social no entiende que la guerra es la guerra”, sostiene Nascimento en referencia a un grupo de universitarios que leen a Foucault, trabajan para una ONG en la favela y consumen marihuana, esos “burguesitos maconheiros”.

Una encuesta realizada en Brasil arrojó el dato de que el 85% de los consultados está de acuerdo con que los consumidores son los culpables de la existencia de los narcos. Para sumar espanto, el 53% opinó que Nascimento es un héroe y el 72% que los pibes narcos son tratados como merecen. Acusado de reavivar el fascismo y el racismo de la sociedad brasileña, hoy Padilha se defiende diciendo que su película sólo busca retratar sin mediaciones a una fuerza policial temible.

Paulo Lins, conocedor del paño, analizó la polémica en una entrevista con el argentino Bruno Bimbi: “Si gran parte del público se identifica con un personaje fascista, la culpa no es del director de la película, que sólo mostró la realidad sin maquillaje. La realidad es la que es”. Para Padilha, su película puede analizarse desde la Teoría de Juegos de John Nash: “No sabrás moverte en una sociedad si no sabés las reglas del juego. Y las reglas no sólo son las leyes, sino los patrones de comportamiento, que maten a personas para recibir a un líder religioso condensa unas cuantas contradicciones”. Para cerrar el debate, durante la misma entrevista con el español Simón Matas, Padilha quiso aclarar que en este juego el prohibicionismo es la regla errónea: “¿Qué pasó en Estados Unidos durante la Ley Seca? Propició el auge de la mafia”.

